

ginal, podemos suponer una confusión lastimosa en los textos que de él proceden, y que la confusión existe se demuestra por las grandes diferencias que observamos en las versiones. Y como, por otra parte, el libro se nos presenta como histórico, lo más natural es aceptar su historicidad, como la aceptó la tradición hasta Lutero. Las mismas «mentiras» de Judit vienen a confirmar esta conclusión, ya que pueden considerarse como lunares que empañarían las páginas de una novela ejemplar. Se trata, por tanto, de una historia, contada acaso con cierta libertad, y de una historia en que se respira más bien el ambiente asirio babilónico que el medo-persa. El colorido histórico nos lleva a los tiempos del mayor poderío de Asiria y las campañas de Holofernes en los países cercanos al Mediterráneo pueden identificarse con las que se describen en las inscripciones cuneiformes de Asurbanipal. Ciertamente que en ellas no se habla de la derrota de Betulia, pero es bien sabido que rara vez los conquistadores, desde Ramsés a Napoleón, nos hablan de sus fracasos.

MORALIDAD

Queda lo que se ha llamado el problema de las mentiras y los hechizos de Judit, dos ardides de guerra bastante dudosos usados como instrumentos de victoria. No debemos olvidar aquel principio inmovible de moral: «No hay que hacer males para que vengan bienes». Según él, la conducta de la viuda hebrea tendría muy poco de laudable. ¿Qué debemos pensar de todo esto? Santo Tomás, que vio claramente esta dificultad, nos dejó una vía de solución en estas luminosas palabras: «Judit es alabada, no porque mintió a Holofernes, sino por lo que hizo por la salvación de su pueblo, que la llevó a exponerse a los mayores peligros». Es decir, que

aun cuando haya lunares en la virtud de Judit, es la virtud la que se alaba y propone como modelo, no los lunares mismos, que por lo demás no destruyen la hermosura de la virtud. Nadie puede negar la rectitud, la sinceridad y la buena conciencia con que procede la heroína, lo cual haría que sus lunares, defectos o pecados fuesen puramente materiales.

Pero, ¿podemos hablar de pecados? ¿Son sus engaños realmente pecaminosos y sus engaños mentiras? Por lo que a los atavíos se refiere, la *Vulgata* nos ofrece esta explicación que falta en el texto griego: «Dios había puesto en ella una esplendorosa belleza, una belleza que procedía no de la concupiscencia, sino de la virtud». Tal vez esta frase no sea más que una glosa, jeronimiana, pero en ella se afirma una verdad incuestionable: que los medios empleados por Judit no son intrínsecamente malos, sino limpios y honestos. Brillaba en ella una gran belleza natural, realzada con su virtud. El que la aumente luego poniéndose sus mejores vestidos, lavándose y perfumándose, es lo normal en una mujer. De esta belleza, así cuidada y acicalada, podrían seguirse y se siguió efectivamente, un mal efecto, que ello previó sin género de duda; pero estamos aquí muy lejos de aquel aforismo a todas luces reprobable: El fin justifica los medios. Los medios no necesitaban justificación ninguna, porque no eran intrínsecamente malos, sino indiferentes, y la moral más estricta admite que es lícito emplear un medio de suyo indiferente para conseguir un fin bueno, aunque se sigan simultáneamente otros efectos malos, que no se pretenden directamente, aunque se prevean y se permitan. Y este es precisamente el caso de Judit.

Y como de los atavíos, se puede juzgar de las mentiras. Toda mentira, por pequeña que sea, es inmoral, porque la palabra fué dada